

## CAPITULO VII.

Fernando y Luisa.

Los pronunciados, como hemos dicho en uno de nuestros capítulos anteriores, estaban situados en la Acordada. Este es un edificio inmenso de piedra sillar, de imponente y sencilla arquitectura, cuya solidez tiene la potencia de una fortaleza.

El objeto á que está destinado en todas épocas, es á guardar dentro de sus elevadas paredes, tanto á los presos civiles como á los detenidos por causas políticas, aunque para unos y otros hay salones diferentes y espaciosos. En una palabra, la Acordada viene á ser en México, lo que el Saladero en Madrid.

Pues bien, en una de las salas de este

edificio, de cuyo adorno escuso ocuparme, se encuentran dos personajes cuya conversacion nos interesa mucho escuchar. Al uno de ellos conoce ya el lector, como verá por las palabras que cruzan en el animado diálogo que sostienen: el otro es un hombre como de cuarenta y nueve años de edad, de aventajada estatura y robusta complexion, que viste el uniforme de general: en su rostro varonil y de un color pronunciadamente trigueño, que podria calificarse de prieto, se refleja la nobleza de un corazon franco y sin doblez: en sus brillantes ojos negros y expresivos resalta la luz del patriotismo y del valor del intrépido soldado: en su cabeza, cubierta de espeso, áspero y negro cabello crespo, se ven blanquear, con notable contraste, algunas canas que concurren á aumentar el aire de respeto de su marcada fisonomía. Sin embargo, sus maneras poco distinguidas no están en relacion ni con su aspecto varonil, ni mucho menos con la elevada graduacion que ostenta; mas bien que un oficial de colegio educado en la escuela de la fina sociedad, parece un valien-

te soldado que ha ganado sus ascensos á fuerza de recibir honrosas heridas, y de dar furibundos mandobles. Y así es en efecto: hombre de humilde procedencia, habia abrazado el año de 1810 la causa de la independencia de su patria con el ardor de los Viriatos, llegando al grado de general, sin que manchase su carrera ningun crimen, ni ninguna accion bastarda: era uno de esos hijos del pueblo honrados y valientes, de talento natural, pero que no han recibido ni aun los sencillos rudimentos de las primeras letras: un rico diamante de subido precio, pero sin pulimentar, que hubiera pasado desapercibido, si la guerra nacional, que es el mejor crisol para probar los quilates del patriotismo, no hubiese venido á proporcionarle la manera de darse á conocer ventajosamente.

—Bien, Rossi:—decia paseándose á largos pasos el hombre que ostentaba el uniforme de general—volverémos de nuevo al combate, tan pronto como nuestros soldados hayan descansado.

—El soldado de la libertad es infatigable, mi general, y nadie mejor que V. E....

—Deje vd. el tratamiento—le interrumpió el primero.—En una república no debe existir mas título que el del mérito.

—Está muy bien, mi general.

—Adelante.

—Decia, pues, que el soldado de la libertad es infatigable, y que nadie como vd., como D. Vicente Guerrero, que ha combatido tantos años por ella, conoce esta verdad.

—Sí, Rossi, cierto es que yo he luchado sin tregua por las libertades patrias; pero no creo que de todos debemos exigir el mismo sacrificio. Nuestras tropas se batieron ayer hasta muy entrada la noche, en que se vieron precisadas á replegarse á sus posiciones, y no seria justo privarlas del indispensable descanso.

—Es que ellas son las primeras que anhelan lanzarse al enemigo.

—Sin embargo, debemos esperar un instante.

—¡Mueran los *gachupines!*.... ¡Vivá el general Guerrero!..., ¡Abajo el gobierno!...

Fueron los gritos que resonaron entonces en la calle por la multitud armada.

—Ya lo está vd. oyendo, mi general: es la voz del pueblo que pide le lleven al combate.

—Bien:—contestó Guerrero deteniéndose en medio de la sala—el pueblo verá satisfecho su deseo.

—¿Pronto?

—Ahora mismo.

—Permitidme, mi general, que yo marche á la vanguardia.

—Concedido; pero no hay que exponer la vida sin provecho: sabe vd. que sus servicios me son de suma utilidad.

—Mil gracias, mi general.

—Sobre todo, haga vd., en caso de que alcancemos el triunfo, por contener cualquier desman en los soldados; sentiria que se manchase la victoria con desórdenes que de ninguna manera puedo autorizar.

—¿Teme acaso mi general?...

Guerrero miró hácia todas partes para ver si alguno le escuchaba, y persuadido de que estaban los dos solos, se acercó á Rossi, le agarró del brazo, y le dijo en

voz baja y casi uniendo sus labios con el oído del último:

—Sí, Rossi; temo.

—Pero ¿qué?

—Temo todo de las masas insubordinadas, y temo que sea cierto lo que se susurra.

—¿Qué, mi general?

—Que intentan llevar á cabo un horrible plan que horroriza.

—¿Cuál?

—El saqueo del Parian.

Rossi se inmutó; pero interesado en desvanecer las sospechas de Guerrero, trató de serenarse al instante, y contestó con acento terrible, dando á su semblante un aspecto de honradez que hubiera engañado al hombre mas práctico en el conocimiento de la falsedad humana.

—¿Y quién ha podido inventar calumnia tan injuriosa?

—Lo ignoro, es una voz que ha llegado por casualidad á mi oído.

—Voz levantada por nuestros enemigos para desconceptuarnos: voz que debemos

despreciar, porque conocemos el bastardo origen de donde parte.

—¿Luego vd. nada habia oido?

—Nada; es la primera noticia que tengo de tal absurdo.

—¿Es decir que tampoco cree vd.?

—Yo no creo, mi general, en nada de lo que pueda ofender á nuestros valientes.

—Bien, Rossi; ese lenguaje me da á conocer el honrado corazon del hombre que he apreciado siempre sobre todos mis amigos.

—Gracias, mi general.

—Tambien yo me inclino á creer que todo es una calumnia para introducir la desunion en nuestras filas.

—A no dudarlo: es arma de procedencia española.

—Pues no ha sido otro el motivo que me obligó á retardar el combate.

—¿Lo vé vd., mi general, cómo han logrado ganar estos momentos?

—Confieso mi falta.

—Y sin embargo, preciso es confesar que

si tal fuese la intencion de las masas armadas, nadie podria evitar ya esa desgracia, puesto que ellas son dueñas de la fuerza bruta.

Y al decir esto, Rossi fijó la vista en su interlocutor para ver el efecto que hacia su advertencia.

—Pero podria evitar el verse envuelto en la deshonra de ellas.—Exclamó Guerrero con digna exaltacion.—Y yo me separaria en el acto de los que se preparan á la lid, para no apadrinar el robo y los desmanes.

—Y yo tambien, mi general.—Contestó Rossi con fingida honradez.—Pero repito que nada hay que temer: que todo eso no son mas que invenciones de nuestros enemigos para desprestigiar nuestra causa y ver cómo hacen desertar nuestros soldados.

—Repito que participo de la misma opinion.

—¡Al combate!.... ¡al combate!....

Volvió á gritar la multitud.

—No desperdiciemos estos momentos de

entusiasmo, mi general—dijo Rossi—él nos dará un triunfo fácil y completo.

—Bien; diga vd. que se prepare la columna que ha de avanzar sobre palacio.

—Voy al instante.

—¿Y qué tal sigue Fernando de su herida?

Preguntó Guerrero, cuando Rossi ponía el pié en la puerta para salir.

—Perfectamente; fué un ligero rasguño, y hoy será de la partida.

—Es un valiente.

Estas palabras fueron á sonar en el oído de un hombre que en aquel instante se presentaba en el dintel de la puerta: llevaba vendado el brazo derecho, y de su cintura pendía una espada de finísimo temple.

—De vd. precisamente hablábamos, D. Fernando—añadió Guerrero dirigiéndose al nuevo personaje—ayer se portó vd. como un héroe.

—Como cumplía á mi obligacion, y nada mas, mi general.

—¿Y qué tal vamos de la herida?

—Puede decirse que estoy completamente bueno de ella.

—Lo celebro infinito.

—Mil gracias, mi general.

—¿Y es cierto que está vd. resuelto á volver hoy á la lucha?

—No he venido á este sitio sino con el objeto de pedirle á vd. esta gracia.

—¿Y no teme vd. que el brazo se recienta?

—Repito que no es nada lo que en él tengo.

—Si está vd. convencido de ello, tendré mucho placer de confiar á su valor la causa que defendemos.

—Procuraré cumplir con mi obligacion.

—¿Y nada sabe su esposa de vd. de este acontecimiento?

—No quise avisarla nada para no alarmarla.

—La pobre estará con cuidado al ignorar la suerte que ha corrido vd.

—He enviado, hace un instante, un recado disculpándome, y suplicándola venga á

verme antes de que vuelva á empeñarse la lucha.

—Me parece muy bien. Puede vd. esperarla en esta sala, en tanto que yo dispongo la columna de ataque. Rossi, tenga vd. la bondad de seguirme.

Guerrero, seguido de Rossi, salió de la pieza, bajó la escalera y se presentó á sus soldados que empezaron á victorearle y pedir que les condujese al combate.

Fernando, al encontrarse solo en la sala, se dirigió sin hacer ruido á las puertas de los cuartos; las empujó con mucho disimulo, y al encontrarlas cerradas, miró por las cerraduras para cerciorarse de si habia dentro alguno. Satisfecho sin duda de sus pesquisas y de que nadie podia sorprenderle, se desabrochó la levita, sacó del bolsillo del pecho una cartera, la colocó debajo de la barba, y oprimiendo ésta sobre el pecho para afianzarla, la abrió con la mano derecha y sacó de ella una carta escrita con lápiz que puso encima de una silla para poder cerrar la cartera con las mismas dificultades con que la habia abierto. Hecha esta operacion

sencillísima para quien puede disponer de ambas manos, pero incómoda y molesta para el que se ve obligado de pronto á servirse solo de una, guardó la cartera, coció la carta de la silla, y se puso á leerla detenidamente. Al pasar ahora la vista por su contenido, no se pintó en las facciones de Fernando el gesto de furor que hacia horroroso su semblante la noche en que la levantó de junto á la ventana. Un sentimiento de tristeza, mezclado de confianza, de pesar y arrepentimiento se marca en este instante en su fisonomía: no nubla su frente el ceño de la desesperacion: sus ojos entonces iracundos, ahora se fijan tranquilos en los caracteres dirigidos á la mujer en quien tiene depositados su honra y su buen nombre. Abismado en sus profundas meditacionnes, dejó caer lánguidamente el brazo en cuya mano tenia la carta, exhaló un hondo suspiro, clavó la vista en el suelo, y quedó en medio de la sala, sin moverse, como si fuera una estatua.

La forma de una mujer hechicera, envuelta en un ropaje blanco y vaporoso, linda y

aérea como la voluptuosa Vénus al nacer de las espumas del mar, apareció sin ruido como una vision fantástica, en el dintel de la puerta. Iba á deslizar su diminuto pié sobre el pavimento de la sala, pero al ver un hombre vuelto de espaldas y en actitud meditabunda, se detuvo recelosa, como la tímida gacela que se sorprende aún á la vista de un objeto amigo.

Entre tanto, Fernando preocupado en sus ideas y creyéndose completamente solo, mantenía consigo mismo y en el fondo del alma, uno de esos animados diálogos á que con tanta frecuencia se entrega el hombre á quien afectan sentimientos profundos que á nadie se atreve á confiar. Poco á poco su semblante fué adquiriendo un timbre de melancólica ternura, brilló en sus ojos la mirada del sentimiento cariñoso, se entreabrieron sus labios involuntariamente, y su boca dejó escapar estas palabras.

—¡Pobre Luisa!

—¡Fernando!

Exclamó la mujer, reconociendo á su esposo y corriendo hácia él.

—¡Hermosa!

Contestó Fernando estrechando á su esposa con el brazo en que tenía la carta, y formando una graciosa enredadera.

—He visto abajo dispuesta una columna de ataque: ¿piensas formar parte en ella?

—Para eso te he llamado: no he querido separarme ni por un momento del punto del peligro, y no quería volver tampoco á la lucha, llevando en el alma el remordimiento de haberte ofendido.

—¡Fernando, yo te ruego que no te vayas!.... ¡he sufrido tanto durante las eternas horas del combate!.... Y aun en este momento me encuentro temblando, dudando de que realmente estás á mi lado.

—Vamos, serénate, Luisa—dijo Fernando atrayendo suavemente hácia sí el flexible talle de su esposa.—Entregarte de esa manera al dolor, te haría mal; y yo estoy demasiado arrepentido de haberte hecho padecer, para que pueda presenciar tus sufrimientos sin desgarrármeme el corazón.

—Si es cierto lo que dices, dame una

prueba de que anhelas que terminen todas mis penas.

—¿Cuál?

—La de acompañarme á casa, renunciando la lucha.

—Eso es imposible, Luisa.

—¡Imposible!

—Se opone á ello mi deber de ciudadano.

—Te lo ruego por nuestro amor.

—No puedo.

—Por mi vida, si es que me aprecias.

Fernando estrechó la mano de su esposa con esa efusion profunda que entraña mil protestas, mil juramentos de amor.

—Me acusarian de cobarde.

Pronunció por fin haciendo un esfuerzo por sobreponerse á su cariño.

—¡Por nuestro hijo!...

—¡Luisa!...—Dijo Fernando conmovido por aquel nombre que tan dulce eco tiene siempre para el alma de un padre—no hagas que desmaye mi valor. Deberes imprescindibles me ligan á la causa de mis amigos políticos, y desentenderme de ellos

equivaldria á olvidarme de mi patria, á echar un borron sobre mi honra.

—Pero tú has cumplido ya con esos deberes, y te releva de otros nuevos la herida que ostentas en tu brazo.

—Ya te envié á decir que mi herida no merece el nombre de tal; que es un ligero golpe recibido de un hombre que busqué en el combate.

Luisa palideció: aquellas palabras le recordaron otras de venganza que pronunció Fernando contra Miguel al salir de casa dos noches antes: sospechó, pues, que aquel hombre á quien su esposo buscara en el combate, no podia ser otro que Miguel: que se habian encontrado se lo decia la herida de Fernando... ¿Qué habia sucedido despues?... ¡Cayó muerto Miguel al furibundo golpe de su esposo?... Luisa se estremió con este espantoso pensamiento. Fernando atribuyó aquel estremecimiento, al terror que le inspiraba la idea del peligro que iba á correr en el combate, y trató de calmar su espíritu, diciendo.

—Nada temas; las tropas del gobierno

están ya dispuestas á emprender la retirada, y nuestro triunfo no se comprará ni con una gota de sangre.

Luisa no respondió á estas palabras, que Fernando creyó eficaces para tranquilizarla.

—¿Qué tienes?—añadió luego notando en su rostro pintado el dolor.—¿Te has puesto mala?

—No:—dijo Luisa procurando ocultar la verdadera causa de su turbacion.—Miraba esa carta.

—¿Esta carta que tengo en la mano?

—Sí.

—Comprendo tu terror; pero nada temas ya.

—¿Cómo!

—Cuando la encontré al pié de la ventana me hizo perder la razon. Despues....

—¿Qué?

Le interrumpió Luisa con ansiedad.

—¿Cuántos pesares me hubiera ahorrado si la hubiese leído entonces con la prudente reflexion con que la he leído despues! En ella solo se ve tu inocencia, tu virtud,

las quejas de un pobre loco que se lamenta de tu indiferencia, de tu eterna frialdad.

Fernando no podia comprender lo que Luisa sufría oyendo aquellas palabras. Ella, como el lector sabe, no habia leído la carta, y por lo mismo acusó de imprudente la conducta de un hombre que la expuso al enojo de su marido; pero ahora que lo cree muerto; ahora que escucha de los labios de su esposo que aquel papel nada contenía que pudiese comprometerla; ahora que oye que los caracteres trazados, no ocultan mas que lamentos, quejas de un infeliz, de un loco que ha perdido la razon por amor, se sintió conmovida hasta la médula de los huesos. Su fecunda imaginacion recorrió en un momento la historia de su primer amor, llena de encantos, de doradas ilusiones, de risueñas esperanzas, eslabonada íntimamente con la vida de Miguel: recordó el bello panorama que al lado de éste le descorria el mundo brindándoles con una felicidad singularismo: trajo á la memoria los fantásticos proyectos trazados por ambos en la niñez, y al llegar ahora al desenlace de esa

historia, al sospechar que al fin de tantos sueños, de tantas ilusiones, de tantas esperanzas, la severa realidad le señalaba con su descarnado y frio dedo un cadáver, tembló de espanto, se cubrió su semblante de una palidez mortal, y se asomaron á sus ojos abundantes lágrimas.

—Comprendo el origen de tu llanto—dijo Fernando acercando á sus labios la mano de Luisa que la sintió yerta.—Son las lágrimas que vierte el justo, conmovido por la dulce satisfaccion de verse desagraviado.

Luisa sintió un profundo remordimiento al ver que su confiado esposo atribuía á virtud lo que no era, en su concepto, otra cosa que reprehensible debilidad.

—Pero yo te pido perdon—continuó Fernando con el acento mas tierno, viendo que su esposa no acertaba á pronunciar—sí, yo te pido perdon por la ofensa que hice á tu acrisolada virtud, y tú me perdonarás, estoy seguro, porque tú eres buena como los ángeles.

—Aquello pasó, Fernando—contestó Luisa dominada de profunda tristeza—yo no

tengo mas placer que el de verte tranquilo, y si para que lo estés necesitas escuchar de mis labios esa palabra de olvido, dala por pronunciada, no porque crea que trataste de ofenderme, sino por satisfacer tu deseo, que es el mio.

—¡Nunca he sido tan feliz como en este momento!

—Pero dime—repuso Luisa sin poder desterrar la memoria de la desgracia de Miguel, y conservando todavía alguna esperanza—¿el convencimiento de mi inocencia al leer con meditacion la carta, fué antes ó despues de haber recibido la herida?

Fernando no comprendió la intencion que encerraba la pregunta, y contestó:

—Despues.

Luisa se sintió desfallecer; habia perdido toda esperanza.

El ruido de las cornetas que tocaban llamada, vino á poner fin á aquella escena de ternura, de zozobra y de lágrimas.

—Va ha empezar el combate—dijo Fernando guardando la carta, y es preciso que partas inmediatamente. Por fortuna estás á

un paso de casa; cuida de nuestro hijo, y no estés inquieta por mí, pues ya te he dicho que las tropas del gobierno están dispuestas á retirarse.

—¡Viva el general Guerrero!... ¡muera el gobierno!

Gritó una voz que Fernando reconoció ser la de Rossi.

—¡Viva!

Contestó la multitud.

—No hay tiempo que perder: te acompañaré, esposa mía; no nos detengamos ni un instante.

—Puesto que te empeñas en ir al combate, nada me resta que hacer sino obedecerte.

Fernando dió el brazo á su esposa, y la condujo hasta la puerta de su casa que, como hemos dicho, estaba á un paso.

Cuando volvió á la Acordada, emprendía la columna su marcha avanzando hácia palacio. Mandábala el general Guerrero, y al frente de la guerrilla marchaba el capitán Rossi.

Las tropas del gobierno, al ver avanzar el enemigo, se preparaban á recibirle, y los

pacíficos habitantes, ocultos en sus casas, esperaban inquietos el resultado de aquel encuentro que afectaba tan de cerca á los españoles.

A la media hora, el cañon tronó haciendo estremecer los edificios; pocos minutos despues, una nube de humo envolvía á los combatientes.